

Carlos Seura

Orientación social de la literatura chilena



A humanidad en su marcha histórica hacia un porvenir mejor, ha sentido la necesidad de una renovación social. Ha resuelto substituir el abstruso egoísmo de nuestra sociedad por la fraternidad universal. Ha invitado a todas las naciones del mundo civilizado a una mesa común de bienestar, donde ya no existirá la odiosa distinción entre el rico Epulón y Lázaro que recoge las migajas caídas del banquete espléndido. Se ha propuesto abolir los privilegios de castas sociales que daban carne a los nacidos en dorada cuna y huesos a los que entre guiñapos vinieron al mundo.

En la lucha por realizar estas aspiraciones, caen los tronos, desaparecen las costumbres patriarcales estimándose como anacronismo o una supervivencia de tiempos pasados la observancia de ellas; se rechaza el principio de autoridad; pierden su importancia las libertades individuales y los sistemas políticos de gobierno aun la democracia, ídolo del siglo que pasó.

Es la tripulación del gran barco del mundo, ha escrito Mariano Picón-Salas en «Registro de huéspedes», la que ahora está sublevada: el capitán, los capitanes hacen girar nerviosamente sus largos anteojos. En el horizonte siguen las olas embravecidas, el mar implacable, mientras que la tripulación, manos y brazos proletarios nudosos como sarmientos; pechos tatuados de sangre, peludos de fuerza, de decisión amenazan al cielo. Es el momento en que nada significa un hombre, porque el futuro, como un niño que va a nacer, surge del grito de muchos hombres, de millares de conciencias enhiestas. Los obreros lucen con orgullo sus trajes rotos como banderas de reivindicación. En los rostros trabajados por la fatiga, en las palabras hirientes y sin sintaxis de los oradores obreros se advierte la nueva fe proletaria que ahora estrecha al mundo en un cálido abrazo incontrastable.

Y es que, digámoslo con Lope de Vega:

Pasaron ya los tiempos,
cuando lamiendo rosas
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan
que salpicando estrellas
del sol la frente mojan.

La voz de la nueva ideología ha repercutido en cada país del globo. También en Chile. La semilla

del nuevo evangelio ha encontrado un terreno apto para germinar. La vida del pueblo, ha dicho Eugenio González, está aquí agobiada por la miseria asfixiante y la inseguridad del porvenir. Para penetrar en el corazón de los obreros, dice el autor de «Registro de huéspedes», habría que tener el ojo perforador que descubra en el fondo de sus conciencias, la tragedia particular nunca contada; el mordisco verde del hambre, el llanto de los hijos, la fatiga y desazón continuas.

En nuestra tierra, las relaciones sociales entre privilegiados y humildes es alarmante. El pobre y el rico viven separados y diferenciados hasta por caracteres étnicos. El roto, dice Edwards Bello, a fuerza de vivir como bestia lleva pintado en sus rasgos la inmundicia de su cara y la degradación de sus costumbres.

En cambio, los de la clase alta son arrogantes, de aspecto próspero y feliz; viven con todos los refinamientos materiales de la vida moderna. El foso que separa a las dos clases es cada vez más hondo. Un pobre en barrio rico es una mancha; un rico en un barrio pobre, un desafío.

El pobre ha adquirido conciencia de su conciencia deplorable e inmerecida. Trata de hacerse justicia por sí mismo, cuando ve que no pocas veces sólo para él existe sanción penal y que lo malo que hace el rico queda oculto e impune con intervención de la autoridad que echa un manto de astucia encima de un hecho escandaloso.

Si se observa la realidad social actual se advierte que el obrero o el pobre vive en hediondos pesebres o en zahurdas que llaman conventillos, donde la raza decae en medio del vicio y la porquería. Se advierte también que el obrero, entregado a los vicios, sobre todo al alcoholismo, ha perdido la esperanza de un mejoramiento económico.

En las otras clases sociales, media y alta, la ambición casi única es adquirir rápidamente fortuna. Cimentan sobre esta aspiración exclusivamente la dicha humana, concepto de la vida que incita al hombre a alcanzar un resultado egoísta, un disfrute de bienes materiales, una deleitación sensual, y no a ejercer una actividad desinteresada guiado por un impulso creativo y elevado.

Esta mutación del estado social que ha cambiado el criterio individual, reobra a su vez sobre la sociedad, pues los hombres más representativos de esta época esclavizada por el dinero, sin una alta comprensión de sus deberes públicos, sin más aspiración que la riqueza, confunden egoístamente sus intereses personales con el interés público y sacrifican a menudo éste a aquéllos. Así se ha visto defender y hacer triunfar en el Congreso, por políticos honestos en su vida privada, los intereses de los banqueros, agricultores y salitreros, rentistas que estaban muy distantes de concordar con las conveniencias del país.

Muy diferente de la de ayer es, pues, la realidad social que se ofrece hoy a nuestros escritores. Aquí

todavía no hay literatura organizada en el sentido de evolución social. Pero ya se ha comenzado. Heraldos de la literatura social en Chile son: en la novela. Eugenio González con «Hombres»; Carlos Sepúlveda Leyton con «Fábrica» y «Camarada»; Juan Modesto Castro con «Aguas estancadas», elogiosamente comentada por Domingo Melfi en una publicación de reciente data, y Mariano Picón-Salas con «Registro de huéspedes». En el cuento: Baldomero Lillo con «Sub-Terra» y Mariano Latorre con «Salteadores de Chillehue».